

se convierte en un extraño y viril desprendimiento, casi impolítico en ocasiones, siempre conmovedor y valiente, para reconocer, cuando es justo, la grandeza del contrincante. Habéis hecho, en la larga Historia, un viaje a la tierra de las ambiciones y los poderes. Y estáis de regreso, entre el asombro de los que no siempre aciertan a entenderos, con una filosofía sencilla, en que muchas veces las contradicciones se avienen, formando una síntesis moral superior a los extravíos que todavía están costando a los pueblos lágrimas y sangre.

¡Feliz acuerdo el de consagrar en la Fiesta de la Raza un homenaje a la memoria del mayor poeta de la lengua durante los últimos siglos! Su nombre, desde hoy, queda incorporado a la vida diaria, callejera, de vuestra graciosa ciudad. Y por justa paradoja y compensación, he aquí que convertís al solitario, al desigual, al rebelde y altivo genio, al pecador torturado y elegante, al león entre tímido y bravío, que de pronto se acobardaba y de pronto comenzaba a rugir; al melancólico que cruzaba la vida «ciego de ensueño y loco de armonía»; al hijo terrible de un continente que es todo él un grito de insaciados anhelos, a nuestro Rubén Darío, el menos municipal de los hombres, en algo tan benéfico y manso como un genio municipal. Acógelo la divinidad que reina en las plazas y en las calles, y nosotros —buenos hijos de Roma— saludamos con ritos públicos, bajo el cielo de otoño, al héroe mensajero de las primavera americanas.

La obra de Rubén Darío fué obra de concordia latina. América, desde la hora de su autonomía, venía padeciendo las dos circulaciones contrarias del ser que se arranca de la madre. Y mientras, por una parte, la expresión del alma española se purificaba en los mejores gramáticos que ha tenido la lengua—los americanos Andrés Bello, Rufino José Cuervo, Rafael Angel de la Peña, Marco Fidel Suárez—, por otra se dejaba sentir una honda conmoción de sublevaciones más que juveniles: «¡Desespañolicémonos!», gritaba el argentino Sarmiento. «¡Desespañolicémonos!», gritaba el mejicano Ignacio Ramírez en controversia contra vuestro gran Castelar... Estos no eran independientes; no están aún desarticulados del centro hispano; eran todavía hijos adolescentes que se alzan contra las tradiciones y costumbres caseras, por su misma incapacidad de reformarlas a su gusto. Más tarde llegará la hora adulta, la hora en que el americano puede amar a España sin compromisos, sin explicaciones y sin protestas. La hora en que, sintiéndose otro, el hombre se siente semejante a sus familiares y como

justificado en ellos. Los dioscuros americanos, Rubén Darío y José Enrique Rodó, trazan, en trayectorias gemelas, esta elocuente declinación hacia España. Habéis escogido la más alta realización de América para sellar, con su recuerdo, la Fiesta de la Raza, y resulta que, de paso, habéis escogido el nombre de aquel en quien con más plenitud se expresa esta voluntad de amor a España por parte de una América ya emancipada y ya consciente de sus destinos. Porque ya no está a discusión—sino entre los necios y los sordos—el radical casticismo de Rubén Darío. «Francesismo», se ha dicho. Y es verdad, porque Rubén Darío trajo a la masa de la lengua española, trajo a la atmósfera del alma española cuanto el mundo tenía entonces que aprender de Francia. Acaso su condición de hijo de América le ayudaba a dar el salto mortal del espíritu. Nicaragua pesa sobre la mente mucho menos que España, y fué uno de los hijos más pobres el que se echó al mundo a conquistar, para toda la familia, las cosas buenas que entonces había por el mundo. Y un día volvió—hoy así lo vemos—cargado y reluciente de joyas, como un rey de fábulas.

En la gran renovación de la sensibilidad española, que precipita a América sobre España—donde España puede ya sacar el consuelo de sentirse reivindicada por los mismos a quienes se pretendía presentar como víctimas del error hispano—, Rubén Darío desató la palabra mágica en que todos habíamos de reconocernos como herederos de igual dolor y caballeros de la misma promesa.

Poeta sumo, hombre vertiginoso, alma traspasada de sol, tramó con lo más íntimo de sus ternuras y lo más atronador de sus furiosos la escala de hexámetros de oro, el himno de esperanza más grande que vuela sobre las alas de la lengua:

*«¡Inclitas razas ubérrimas,  
sangre de Hispania fecunda!  
¡Espíritus fraternos,  
luminosas almas, salve!»*

(El Sol, Madrid).

DE UNA CARTA DE  
LUIS G. URBINA

.....  
EN esta plaza <sup>(1)</sup>, a contar de ayer, está otro; un recién llegado. Es un lírico magnífico, el primero de su generación, el maestro de su tiempo. Ninguno, como él, ensayó con más penetración estética las formas del verso. Para ninguno fué más dúctil, más blanda, más alada y coruscante,

(1) La Plaza del Cisne.

## GUIA PROFESIONAL

### MÉDICOS

#### Dr. ODIO DE GRANDA

MEDICO, CIRUJANO Y RADIOLOGO  
de la Facultad de Medicina de París  
Horas de consultas: de 2 a 4 h.  
EXCEPTO LOS DOMINGOS — TELEFONO 857

#### Doctor PEDRO HURTADO PENA

MEDICO Y CIRUJANO

Especial atención a los Partos. Clínica situada a 25 varas al Este de la Botica «La Dolorosa».

Horas de consulta: de 10 a 12 m. y de 2 a 5 p. m.

#### Dr. TEODORO PICADO

MEDICO Y CIRUJANO

Despacha frente a la lechería de González de las 14 a las 17 horas.

#### Doctor Constantino Herdocia

MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta. Horas de oficina: 10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

### ABOGADOS

#### JORGE R. AGUILAR

ABOGADO

Despacha en la oficina del Licenciado don Francisco Aguilar Barquero.

#### ALEJANDRO ALVARADO Q. RICARDO FOURNIER TEODORO PICADO H.

ABOGACÍA Y NOTARIADO

### DENTISTAS

#### Doctor EDUARDO MONTEALEGRE

Cirujano Dentista Americano

Despacho: 2ª Avenida O. y calle 4ª S.

#### Dr. Francisco Ortiz Odio

CIRUJANO DENTAL AMERICANO

Despacha frente a la casa del doctor Durán, lado Este de 8 a 11 y de 12-30 a 5.

#### Dr. M. FISCHER

DENTISTA AMERICANO

TELÉFONO 683

APARTADO 434

Depósito y venta de materiales para dentistas

FRENTE AL CORREO

SAN JOSE

COSTA RICA

### El Convivio

y las otras ediciones del señor García Monge, se hallan depositadas en la Librería de los señores SAUTER & Co.